

EDITORIAL

Este bimestre ha estado marcado por dos hechos relevantes que, aunque geográficamente distantes, revelan una misma lógica de dominación: en Palestina, la “paz” publicitada por Donald Trump como cierre del genocidio israelí; y en el Perú, la destitución de la desacreditada Dina Boluarte y el ascenso de José Jerí como nuevo peón de la derecha más reaccionaria. Ambos sucesos confirman que el capitalismo global y sus élites locales no buscan justicia ni emancipación, sino estabilidad al servicio del capital.

El 29 de septiembre, Trump presentó su plan de veinte puntos para “poner fin” a la guerra en Gaza. Pocos días después, se anunciaba un cese al fuego y un intercambio de rehenes entre Hamas e Israel. La hipócrita prensa occidental celebró el acuerdo como un triunfo de la diplomacia, pero Israel mantiene el bloqueo y sus tropas siguen masacrando a pueblo palestino exhausto, sin agua, sin luz y sin soberanía.

En el ámbito nacional, la destitución de Dina Boluarte el 10 de octubre y la asunción de José Jerí marcan un nuevo episodio del retorno reaccionario. El Congreso, dominado por fujimoristas y ultraderechistas, presenta como “transición democrática” lo que es, en verdad, el regreso de la derecha represiva que ya ha asesinado a un joven inocente y herido a más de cien, y reprime la justa protesta popular.

El gobierno de Jerí abre paso a la recomposición de los poderes fácticos: la CONFIEP, el fujimorismo y los grupos mediáticos que aplauden la represión bajo el discurso del “orden”. Se reactiva la agenda del despojo: flexibilización laboral, megaproyectos extractivos y criminalización de la protesta, mientras enemigos del pueblo como la funesta Keiko Fujimori, el cavernario Rafael López Aliaga o el corrupto César Acuña se ponen ponchos y sombreros y, ensayando su más hipócrita sonrisa, visitan barrios populosos y pueblos humildes, mendigando votos para las próximas elecciones.

La democracia parlamentaria es un mero mecanismo de rotación de títeres de la derecha; pero las clases trabajadoras, los transportistas, los jóvenes de la Generación Z, ya no están dispuestos a agachar la cabeza y salen a tomar las calles.

Lo que une Gaza y Lima es la misma lógica imperial: la imposición de la ganancia capitalista por sobre la justicia humana. En Palestina, la paz se decreta desde Washington; en el Perú, la estabilidad se decreta desde el Congreso. En ambos casos, el sufrimiento del pueblo es ignorado descaradamente.

Pero los pueblos no se resignan. En las calles de Gaza, entre los escombros, la dignidad sigue viva. En el sur andino, en los barrios populares las comunidades continúan exigiendo un verdadero cambio social. Por eso el pueblo clama: ¡Que se vayan todos!